

UN PUERTO Y UNA CIUDAD: SAN CRISTOBAL DE LA HABANA

Yolanda Aguirre

Mucho antes de contar la isla de Cuba con una historia propia y ser considerada La Habana posible llave de un mundo nuevo —aquel tan sorpresivamente descubierto— correspondió al archipiélago antillano un significado muy específico, acorde con las circunstancias materiales que se conjugaron en esa conquista y colonización de las posesiones que se adjudicaba, con la venia papal, la Corona de Castilla.

Escudo protector devenían las ínsulas delimitadoras de un mar mediterráneo. El hecho geográfico posibilitó y aun determinó una importante área de circulación marítima, iniciándose lo que pronto se convirtió en codicioso objetivo: controlar los trajines comerciales y el sistemático saqueo de las colonias a través de la férrea sevillana Casa de Contrata-

ción, al servicio de la cual estuvieron los mejores navegantes.

La importancia de la cartografía determinó el que fueran constantemente rectificadas la ubicación y el perfil de las tierras y puertos caribeños por los más diestros pilotos del siglo XVI, en las cartas de marear y los portulanos de la época. Ello permitió constatar en los mapas, a más de la estratégica posición de Cuba, aquella peculiarísima, que un azar geográfico había deparado a su porción occidental, determinando, a escasa distancia de las costas continentales, un doble acceso al golfo mexicano, por los estrechos de la Florida y Yucatán.

Muy pronto, ambos extremos de Cuba se harían notar, a través de dos puertos amplios y similares: al sureste, dada su proximidad a La Española, uno de ellos; el otro, al noroeste, por su oportuna cercanía al Continente. Coincidían ambos no sólo en lo anchuroso de sus respectivas bahías, sino en la angosta boca de entrada, relativamente fácil de guardar y adecuadísima para advertir la llegada o salida de

Yolanda Aguirre es doctora en Ciencias Artísticas y profesora titular de la Universidad de La Habana.

Este trabajo ha sido cedido por la revista de la Universidad de La Habana donde ha sido publicado en el n.º 222 correspondiente a septiembre de 1984.

cualquier embarcación. Cuando, contemporáneamente, se descubrió frente a La Habana el paso de la impetuosa corriente del Golfo y pudo comprobar el arrestado Antón de Alaminos cuánto se facilitaba el regreso a España a través de aquélla, quedó la suerte echada, para siempre, a favor del puerto habanero. En adelante, en él se conjugaban, resultando mutuamente complementarios, el factor económico —reverso material de la católica medalla evangelizadora— y el geográfico, que tan oportunamente entraba al servicio de los intereses sociopolíticos de la monarquía española.

Así como se explica que la singular posición geográfica de Cuba determinaba en favor de ésta el sustituir a Santo Domingo como centro irradiante de la colonización, resulta igualmente comprensible que muy pronto, y oficialmente, se considerase el puerto de La Habana el adecuado punto de reunión de las Flotas, para el regreso “en conserva” a la Metrópoli. La más occidental y distante de las villas, respecto a su santiaguera capital, resultaba la mejor ubicada; privilegio que las circunstancias históricas se encargaron de enfatizar y que, siempre determinante, fue responsable en gran medida del posterior desarrollo de una ciudad portuaria de personalidad muy acusada.

A la realidad objetiva, que a todos interesa en la época, ya cartográficamente expresada, se añadió algo más, de no muy diferente carácter: la serie de grabados que, a manera de documentos para sus respectivos gobiernos, realizan extranjeros de diversas nacionalidades —franceses, ingleses, holandeses— que merodean por las costas americanas, acercándose a las mismas cada vez que la oportunidad se les ofrece. Buenos dibujantes han de haber sido algunos de ellos. De hermosa factura, los resultados finales no estuvieron presididos del todo por una verdadera intención artística, sino por la idea de suministrar a las potencias enemigas de España información valiosa. Es entonces que aparecen sucesivos grabados de la entrada al puerto habanero, cuya boca se observa a cierta distancia, indudablemente, desde naves no amigas. Una batalla ocasional entre galeones alude a la lucha entablada por la hegemonía en el Atlántico. Y si en tal o cual momento se remata la linterna del Morro con una fantástica cúpula oriental, por demás absurda, el hecho no tiene importancia alguna; lo que, en cambio, sí habrá despertado el mayor interés son los datos ofrecidos: la existencia de dos fortalezas —lo que conlleva artillería— y la utilización de una cadena para cerrar el canal de entrada a la bahía. No se omiten detalles significativos en estos grabados, tan realistas en esencia como podría serlo cualquier narración.

Muestra primera de la propia identidad, es la muy bella serie de mapas que va configurando cada vez mejor nuestro ser insular antillano, caracterizándolo paulatinamente. Se flexibiliza algo la silueta de la Isla, que no sólo es ya “fermosa” tierra de vegetación exuberante, sino Colonia de creciente desarrollo ganadero y tabacalero en la cual ya verdean algunos cañaverales.

Establecido el circuito comercial caribeño y el sistema de Flotas, se intensificaron entre España y las potencias de la Europa occidental las pugnas por el dominio del mar. Producto de ello y de las guerras

contra los Austrias es el fenómeno de la piratería, cuyo particular escenario será el Mar de las Antillas.

Poco se sabe de La Habana en lo que respecta a la primera mitad del siglo XVI. Escasa es la documentación existente en Cuba sobre esa época. Como resultado de las guerras entre Francisco I y Carlos V, se producen algunos ataques sorpresivos a determinadas villas coloniales por parte de los franceses, como los que sufre, una vez y otra, la más codiciada de todas...

... escala principal de las Yndias... (1).

Por dos veces robada La Habana, en 1538 y pocos años después, en 1555, y arrasada la misma en esa fecha, se estima...

... necesario e muy ymportante que el dicho puerto este siempre a rrecaudo y con gran defensa... (2).

Tómese nota de que lo que preocupa a la Corona es el puerto, no la villa; cuya suerte poco importa, estando a buen recaudo el oro y la plata que ha de llevarse a España.

... para que en caso que armada de Francia passe a esas partes no pudiese tomar el dicho puerto ni hazer daño en el... (3).

Como lo había ya hecho, con anterioridad. Todo lo cual determina la construcción de esa Fortaleza de la Real Fuerza existente aún; no muy efectiva, a lo que parece.

Una fecha resulta clave; la de la destrucción de la Armada Invencible, en 1588. Antes de que tal hecho se produjera, no había existido en la Metrópoli el proyecto de fortificar los puertos coloniales. Tras el gran desastre naval, fue imprescindible llevarlo a cabo. Urgentes son las medidas que se toman entonces. A la vez, y como complemento de las construcciones militares que habrán de hacerse —orden que trae el nuevo capitán-general, don Juan de Tejeda, quien viene acompañado de Bautista Antonelli—, se emprenderá la construcción de naves “por administración”, o sea, oficialmente. Lo cual no era más que a reiterar lo que ya venía haciéndose por particulares: naves construidas en la Isla.

Se olvida esto —o se desdena— al estudiar la historia del arte en Cuba. Sin embargo, resultó ser un aspecto particularmente interesante, que contribuye al conocimiento de la época. Sólo restan pruebas documentales de ello, que es preciso rastrear, y esa calle de los Mercaderes que comienza, a lo que parece, donde se ubicó un rudimentario astillero.

La reparación de los navíos fue actividad ineludible, a la que hubo de prestar atención Diego Velázquez.

(1) Franco, José Luciano: *Armonía y contradicciones cubano-mexicanas, (1554-1830)*, cap. I, p. 10, Casa de las Américas, La Habana, 1975.

(2) *Ibidem*, cap. I, p. 10.

(3) *Ibid.*, cap. I, p. 10.

Tomar el puerto hubiera significado el apropiarse los enemigos del “quinto del rey”, que era lo que éste temía. (Nota de Y. A.).

quez. Pasados los iniciales tiempos de encomiendas y repartimientos de indios, y esfumada toda áurea esperanza, fue el comercio —el de contrabando, por supuesto— la ocupación preferida por todo aquel que había logrado cierto bienestar económico. Y para llevarla a cabo felizmente se precisaban naves.

Es así como comienzan a construirse éstas por particulares, al iniciarse el último cuarto del siglo XVI. Se trata, fundamentalmente, de fragatas. En ellas se llevan y traen mercancías, estableciendo un contacto directo con las villas del interior de la Isla y con los más cercanos puertos del Caribe. De ese modo se inician el comercio de cabotaje y el de rescate. Se había descubierto que mucho más productivo era este último que el ataque a las poblaciones, y menos riesgoso resultaba el piratesco entendimiento con los vecinos, para una parte y la otra. Para el intercambio de productos, resultó el cuero —a más de los tocinos y las carnes saladas— una muy conveniente unidad de medida.

Se burla, de esa manera, el pago de impuestos a la Corona, escamoteándole a los Felipes el famoso “quinto del Rey”. Tal vez para contrarrestar las regias iras con los favores del cielo, se construye la Parroquial Mayor abriendo su entrada principal hacia la calle de los Mercaderes, los cuales contribuyen con dineros a la obra. Ocupaban la iglesia y su torre —donde con el tiempo hubo reloj— parte del terreno donde se edificó después la Casa de Gobierno, hoy Museo Municipal de La Habana. En éste pueden verse los planos y proyectos para la construcción de la Parroquial, así como algunos ornamentos de ésta y parte de la cripta que en aquélla existía.

De la modestia arquitectónica de ese primer templo se habla siempre. Grandes fueron las dificultades que se afrontaron para terminarlo; entre otras, el haber sido prácticamente arrasado por el fuego en el famoso ataque a la Ciudad por Jacques de Sores, en 1555. Pareja suerte, también a manos de franceses, había corrido su humildísima antecesora. Sobre ello comenta nuestro primer historiador:

...comenzó a construir el año de 1550, porque la primitiva había sido incendiada por los enemigos el año de 1538... (4).

Escasos eran los medios con los que se contaba y poco diestras las manos que realizaban el trabajo.

... duró mucho tiempo su construcción, hasta que vino a darle su principal complemento y deseado fin la herencia o legado que destinó para ello Juan de Rojas, uno de los vecinos más ricos... (5).

En verdad, no fue gran cosa esa Iglesia Mayor. De ello se duele Arrate, en ese siglo XVIII en el cual La Habana era ya otra cosa.

(4) Arrate, José Martín Félix de: *Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales*, cap. XXXIII, p. 172, Comisión Nacional Cubana de la Unesco, La Habana, 1964.

Se dice que esta primera iglesia había sido un simple bohío (Nota de Y. A.).

(5) *Ibid.*, cap. XXXIII, p. 172.

... porque lo que entonces era decente y regular para una pequeña villa o ciudad, ya desdice de una de tanto esplendor (6).

No fueron las construcciones religiosas, sino las militares, las que caracterizaron la época en Cuba. Tanto como para perpetuarse en el escudo de La Habana aquellas tres que presidieron la entrada al puerto hasta la toma de la Ciudad por los ingleses.

El asombroso despliegue de fuerzas, enfatizado ostensiblemente con la pétrea solidez de La Cabaña, en el siglo XVIII, es símbolo de un determinado momento histórico, en el cual no por casualidad le correspondió al puerto habanero un lugar decisivo. Inscritos quedaron los castillos —el trío inicial— dentro del largo y complejo reinado de Felipe II, que abre con la construcción de la —segunda— Fortaleza de La Real Fuerza, para cerrarse —Francis Drake mediante— con las del Morro y La Punta.

Abaluartadas, como el mentón de los Austria, son las mencionadas fortificaciones; en respuesta a las exigencias de los entonces más modernos métodos defensivos. Las relaciones entre España e Italia —para bien o para mal— fueron estrechas en el siglo XVI. No hay que olvidar, por otra parte, que los largos siglos de la Reconquista echaron las bases de una prolongada tradición de defensa en España. Por lo cual ésta, sin mayores dificultades...

... asimiló pronto las corrientes de la primitiva “escuela” de fortificación abaluartada italiana, traídas por el Renacimiento... (7).

Por similares razones...

... asimismo las enseñanzas tácticas de las nuevas armas motivadas por la aplicación de la pólvora... (8).

La intranquilidad de las últimas décadas del siglo llevan al Rey a tomar medidas para, de modo más eficaz, hacer frente a la situación.

... creada la “Academia de Matemáticas y Arquitectura Civil y Militar” en 1582, por disposición de Felipe II, dio ocasión para que se reunieran en Madrid, ilustres ingenieros y tratadistas de la nueva tendencia renacentista italiana (9).

El ingeniero Tiburcio Spanochi, italiano de origen, junto con otras figuras relevantes tanto en Italia como en España, las cuales...

... cimentan la “escuela” de fortificación clasicista pero con tendencias hispanas, que la

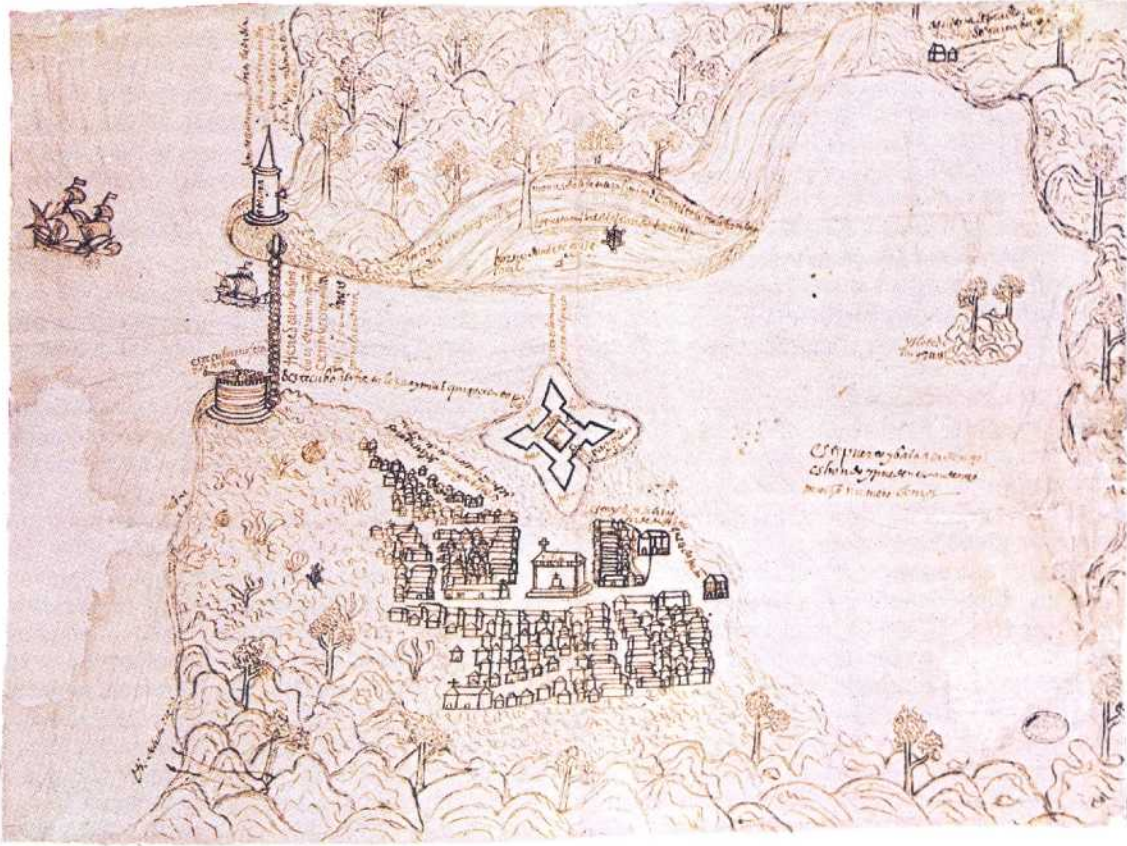
(6) *Ibid.*, cap. XXXIII, p. 172.

(7) Zapatero, Juan Manuel: *La fortificación abaluartada en América*, cap. II, p. 36, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1978.

No se olvide la vinculación política con Nápoles, y el ir y venir de los hombres de armas. (Nota de Y. A.).

(8) *Ibid.*, cap. II, p. 33.

(9) *Ibid.*, cap. II, p. 33.



Dibujo a pluma, sin escala, sin texto al dorso (465 x 350 mm.). Esta es la figura del puerto de Hauana. La Hauana (Santo Domingo, 101).

dotarán del sello particularísimo que transportamos al Nuevo Mundo (10).

Adaptación y adecuación de los principios de la misma, lo cual, según las circunstancias, ofrece nuevos logros como resultado final. No ignora nadie, en lo que a Cuba respecta, que de Europa se enviaron los hombres y los correspondientes esquemas constructivos. Porque de cero hubo que partir en la Isla, donde sólo se habían hallado grupos de nativos de culturas muy primitivas; como ocurrió, en general, en las tierras costeras y antillanas de la periferia continental.

Hacia 1586 comenzaba Drake sus temibles ataques a los puertos españoles, atreviéndose a entrar en el de Cádiz. Contaba el corsario con numerosa cantidad de naves y las dirigía, según noticias, rumbo a las Indias. No era, pues, cosa de cruzarse de brazos, estando en peligro los puertos del circuito comercial caribeño.

El ingeniero principal del Reino, Tiburcio Spanoqui (sic) encomienda a los ingenieros italianos Antonelli —al servicio de la Corona durante tres generaciones— el diseño y realización del mayor conjunto defensivo realizado unitariamente hasta esa fecha... (11).

No es posible, ni aconsejable, abstraer lo realizado en Cuba entonces; aislándolo del resto de las obras llevadas a cabo, paulatinamente, en determinados lugares, por el litoral del Caribe.

En Cartagena de Indias, Veracruz, San Juan de Puerto Rico, Santiago de Cuba, Campeche y, sobre todo, en San Cristóbal de La Habana construyeron maravillosas fortalezas que representaron un alarde de ciencia e ingeniería militar tanto por sus proporciones como por la belleza decorativa que las ha distinguido... (12).

Regulares o irregulares, de acuerdo con las circunstancias físicas del lugar donde fueran a erigirse, resultaron los esquemas constructivos de las fábricas bélicas. El tratamiento de las plantas se ajustó a las superficies; reduciéndose cuando ello fue posible a figuras geométricas elementales, más fáciles de aplicar: el cuadrado, el triángulo, el círculo, real o implícito.

Las características de las obras variarán de acuerdo con la importancia estratégica de cada puerto en relación con el circuito comercial: Veracruz y San Juan de Ulua, centro de recepción de las mercancías mejicanas y de aquellas traídas por el Galeón de Manila; Portobelo y Cartagena de Indias donde confluyen los tesoros de América del Sur y el Pacífico; Santo Domingo y Puerto Rico, de menor

(10) *Ibid.*, cap. II, p. 33.

(11) Segre, Roberto: "Significación de Cuba en la evolución tipológica de las fortificaciones coloniales de América, p. 27, *Revista de la Biblioteca Nacional "José Martí"*, Año 59, tercera época-vol. X, n.º 2 mayo-agosto, 1968.

(12) Franco, José Luciano: ob. cit., cap. I, p. 12.

importancia, pero constituyendo las antedefensas del mar del Caribe... (13).

En ello le corresponde a Cuba un lugar primordial, por la posición que ocupa.

... centro neurálgico de toda la circulación marítima. Ello le otorga el sentido de bastión defensor, constituido por dos polaridades extremas —La Habana y Santiago de Cuba— y una constelación de fortificaciones menores distribuidas a lo largo de las costas Norte y Sur... (14).

Todo lo que tiene, en la época y aun mucho después, una gran importancia histórica y con lo cual adquiere La Habana un rango creciente, a medida que transcurre el tiempo. Desde el punto de vista arquitectónico, mucho ganó la villa, a la cual se otorga el título de ciudad en 1592. Es indudable que los nuevos quehaceres constructivos otorgaron a ésta una inusitada prestancia. Desde que comienza la segunda mitad del siglo XVI hasta que termina, van produciéndose cambios que demuestran el desarrollo de la arquitectura militar. Una secuencia que hoy podría resultar extremadamente cinematográfica podría ofrecerse a través de las imágenes que se sucedieron sobre el risco o morro existente a la entrada del puerto habanero. Ya desde antes de mediados de siglo...

... comienzan a reconocerse las ventajas de esta peña para la vigilancia y resguardo de la población (15).

Inicialmente se ponen en ella "velas", cuando hay "nuevas de franceses". En 1553 se acuerda apostar allí dos hombres y, para su resguardo, construir una "casilla de tejas". Ya en 1563, en tiempos de Diego de Mazariegos, éste...

... levantó en El Morro una torre de "calicanto" ... "muy blanca" ... de unos doce metros de altura... (16).

Se trataba de una atalaya para descubrir la llegada de enemigos; pero también para ser avistada por las naves españolas, señalándoles la entrada del puerto. Por el servicio, añade entre otras cosas Joaquín Weiss, comienza a cobrarse derechos de anclaje. A finales del siglo, cuando empieza a construirse la Fortaleza de los Tres Reyes del Morro, irá elevándose sobre un medio baluarte de la misma una torre-fanal que, según Arrate, media en su tiempo doce varas de alto. De 1844 al 45, en el de O'Donnell, adquiere treinta metros de altura por cinco de diámetro; tal cual hoy puede verse, convertida en un faro de gran alcance.

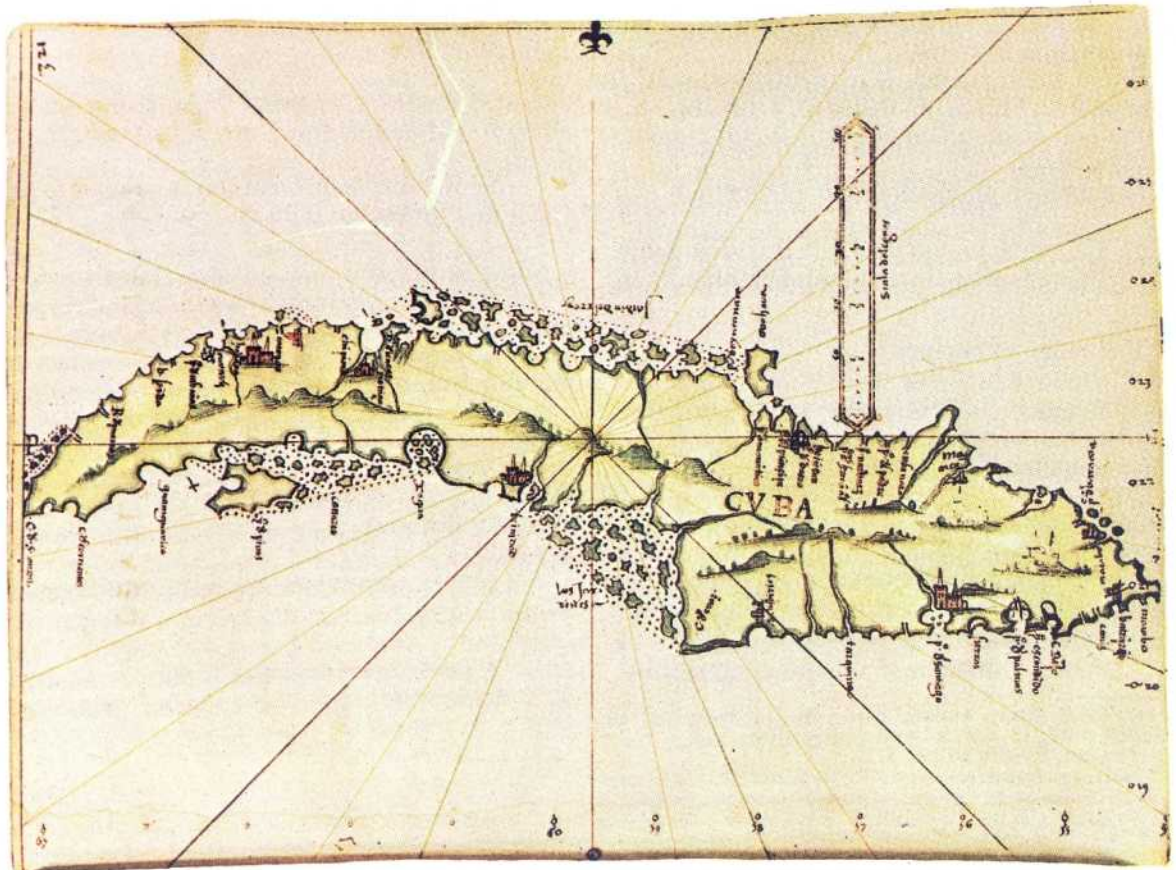
En lo que a la Fortaleza de la Fuerza se refiere, también adquiere ésta una torre-vigía, añadida en el siglo XVII, en la cual se colgará una campana.

(13) Segre, Roberto: ob. cit., p. 29.

(14) *Ibid.*, p. 28.

(15) Weiss, Joaquín: *Arquitectura colonial cubana*, t. I, cap. VII, p. 37, I. C. L. La Habana, 1972.

(16) *Ibid.*, cap. VII, p. 37.



Anunciará la misma si es amiga o no la vela que se acerca, y ofrecerá noticias de similar importancia.

La torre está coronada por una figurilla a manera de *giraldá* que “representa la Victoria, portando en su brazo derecho una palma de la que sólo conserva el tronco, y en la izquierda, en un asta, la cruz de Calatrava... (17).

Orden a la que pertenecía don Juan Bitrian de Viamonte, bajo cuyo gobierno se construye el torreón. Conocida la época y en momentos en que la navegación tiene tan señalada importancia, se explica el que nuestra primera obra escultórica —la única por un largo tiempo— se adecuara a las circunstancias y cumpliera con una función de tipo práctico muy concreta: la de indicar a las naves, como veleta, la dirección del viento. Eso fue la Giraldilla, hermana menor de su tocaya de Sevilla; derivando de su carácter utilitario, en gran medida, los valores artísticos que su creador supo enfatizar en el bronce. Poco se sabe de ese Jerónimo Martín Pinzón, cuyo apellido repite ecos de los primeros tiempos coloniales. Fiel a una antigua tradición, el fundidor dejó su nombre en el medallón que lleva al pecho la risueña estatuilla, como constancia de su autor, artífice y escultor.

Otro detalle de interés resulta el escudo y corona que, labrado en piedra, en Sevilla, hacia 1579, por mandato del Rey, se colocó después a la entrada del Castillo de la Fuerza, como símbolo del poder Real centralizado en una monarquía absoluta; cuestión epocal de la mayor importancia. La talla es de indudable calidad, y su finura contrasta con el recio aspecto de la fortaleza.

Es un tanto manida la comparación entre La Fuerza y El Morro; sin embargo, a ella preciso es aludir, si se quiere ubicar tipológicamente la una respecto a la otra.

Mientras en La Fuerza todo es simetría:

El diseño básico proviene del ideal geométrico basado en la regularidad absoluta... (18).

Y el orden es perfecto:

El cuadrado ideal, compuesto diagonalmente en sus vértices por los cuatro bastiones trapezoidales... (19).

Presenta:

... con máxima intensidad en la planta la dualidad entre el grafismo renacentista y la persistencia de la compacidad medieval (20).

El Morro, por su parte, es otra cosa:

... se adapta a la forma irregular del promontorio de piedra con que cierra la bahía, conformando una poligonal quebrada y un sistema de terrazas degradantes hacia el mar con el fin de crear las sucesivas cortinas de fuego defensivo hasta ras de agua, culminante en la última batería denominada “los doce Apóstoles” (21).

Se observan características muy acusadas:

Los muros de las terrazas se yerguen netos y precisos en su perfección geométrica, diferenciando los dos volúmenes principales... el envolvente posterior... y el proyectado hacia el mar... (22).

Muy bella y bien resuelta es la concepción general de la obra —únicamente superada por El Morro santiaguero— que mucho tiene de arte:

Hacia tierra, defendiendo los posibles ataques de retaguardia, reaparecen los baluartes macizos, casi simétricos —originados en la tipología tradicional... (23).

Después...

El profundo foso seco —vacío de piedra convertida en construcción— establece un corte neto entre el peñón y el resto del territorio... Es el deseo de mantener las distancias, de convertirse en isla, reconstruyendo la naturaleza (24).

Las formas parecen surgir de la piedra, como si fuese El Morro una escultura. Y sin embargo...

no es un mimemitar con la naturaleza sino un resaltar por la forma y el color... (25).

¿Logros y aportes que puedan resumir todo lo dicho? Los precisa Roberto Segre, aclarando posibles dudas. 1) Primacía de la práctica sobre lo teórico, adecuándose los diseños a las circunstancias. 2) Asimilación de las técnicas y diseños renacentistas, sin concesiones a apriorismos formales. 3) Concepción unitaria de los elementos que definen la forma defensiva; homogeneidad. 4) Interpretación dinámica de la defensa, a través de las relaciones entre los diferentes puntos estratégicos de la zona protegida.

Un último comentario de Segre resulta definitorio:

A partir de estos puntos la obra de Antonelli trasciende el puro marco técnico asumiendo

(17) Pérez Beato, Manuel, citado por J. Weiss: ob. cit., cap. VII, p. 36.

(18) Segre, Roberto: ob. cit., p. 22.

Ensayada en España en el siglo XVI, fue la más utilizada en América. La aplicación del baluarte, reforzando los ángulos, permitió el fuego cruzado y el tirar “a caballo”, o sea, desde lo alto. (Nota de Y. A.).

(19) *Ibid.*, p. 20.

(20) *Ibid.*, p. 22.

(21) *Ibid.*, p. 29.

(22) *Ibid.*, p. 29.

(23) *Ibid.*, p. 29.

(24) *Ibid.*, p. 29.

(25) *Ibid.*, p. 29.

El Morro era ocre y blanco.

intencionalidad estética y significación arquitectónica (26).

Piedra de cantería fue lo que ofreció el medio natural como material de construcción para las obras; porosa y llena de restos fósiles de caracoles y conchas, mostrando constantes huellas de haber estado bajo el mar en otras épocas. Pétreo "diente de perro" antillano que, en algún promontorio, pudo aprovecharse como adecuada base de alguna obra. En una palabra, integración y adaptación al medio geográfico y a las posibilidades existentes.

Estas no eran muchas. Pero si la piedra no mostraba la calidad requerida y, por las irregularidades de su textura, no resultaba apta para la talla —además del elevado costo de su obtención y transporte— ello se compensó con la esplendidez de los bosques, de variadísimas y muy ricas maderas, excelentes para todo tipo de trabajo. Esto permitió un verdadero desarrollo de la construcción naval, ya notable en las primeras décadas del siglo XVII en La Habana. Se trata entonces de navíos de alto bordo, en cuyos cascos se utilizarán los materiales más resistentes e incorruptibles. El galeón, con su acastillamiento a proa y a popa, es la culminación formal de todo ello: el formidable navío de guerra, con sus líneas de fuego y su extraordinario volumen: verdadero castillo flotante en la época.

Es esa utilización de la madera en múltiples formas lo que caracteriza, más que nada, el siglo XVII en Cuba. Buen ejemplo de ello es La Habana, como lo son otras ciudades viejas, a lo largo de la Isla. Del XVII al XVIII se observará el creciente desarrollo de todos los elementos de madera, que resultan complementarios de la arquitectura: techos mudéjares, barrotes torneados en barandajes y rejas, puertas a la española y de casetones o cuarterones. Todo lo cual puede verse actualmente en La Habana Vieja, a veces sorpresivamente. Porque lo que ésta contiene se desconoce en gran medida, pasando inadvertido por cotidiano.

Lo profuso de los trabajos en madera demuestra que hubo carpinteros diestros en el oficio en fecha bastante temprana, como probaron serlo aquellos "de ribera" constructores de naves. Si de tales hombres nada sabemos, en cambio han quedado sus obras, anónimamente realizadas, en buenas maderas cubanas. Han resistido éstas —a veces a la intemperie— el paso de siglos, y muchas recobran de nuevo su nítido perfil actualmente en restauraciones que las devuelven a su ambiente original.

Así como la necesidad de defensa determinó la existencia de la arquitectura militar y la construcción naval, la igualmente imperiosa necesidad de vivienda dio resultados tanto o más positivos en lo que respecta a la arquitectura civil de tipo doméstico. El desarrollo económico que ya se percibía en la Colonia hacia finales del siglo XVI fue lentamente ampliándose en el XVII a través de un sistemático cultivo del tabaco y de la caña de azúcar.

Continuaba, por supuesto, el comercio de rescate, tan productivo para todos, y el enriquecimiento de un grupo de familias, algunas descendientes de los conquistadores y primeros colonizadores; otras, formando parte del grupo de sucesivos escribanos, armadores de buques o mercaderes. Mayoritariamente ocupando cargos en el Cabildo, como alcaldes y regidores.

Una clase social, cada vez más poderosa económicamente, iba conformándose. Era ésta la que disfrutaba de mejores condiciones de vida. La que aspiraba a más amplias viviendas, ya de rafa y teja, y podía costearlas. Con su habitual movimiento, el puerto constituía el eje alrededor del cual comenzaba un desarrollo arquitectónico en el que alguna que otra construcción ya se significaba. A la vera de aquél crecía una ciudad que se mantenía de frente al mar, bajo la atenta vigilancia de su fortaleza del Morro. Cumplía aquélla con su cometido militar y se mantenía ojo avizor ante la proximidad de velas enemigas, que no dejaban de rondar más o menos cerca del puerto habanero.

A la doble amenaza de Francia e Inglaterra se había sumado Holanda, que comenzó al ataque sistemático de las naves españolas y de los puertos coloniales para impedir la llegada a la Península de las riquezas utilizadas después para pagar los tercios hispanos que en los Países Bajos luchaban por impedir la independencia de aquélla. Gracias al Morro —monumento a Francis Drake, según Irene Wright— y a su posición privilegiada, a la misma boca del puerto, desde la cual podía tirar "a caballero", dada su altura, se vivió en La Habana con cierta tranquilidad.

El perímetro de la ciudad puede apreciarse, aproximadamente, a través de ese proyecto de su amurallamiento realizado en 1603 por Cristóbal de Roda —sobrino de Antonelli y su sustituto al partir éste para Cartagena de Indias— que muestra cuánto ha crecido aquélla de finales del siglo XVI a principios del XVII al incluir la anterior sugerencia de amurallarla del gobernador Juan Maldonado Barnuevo.

Secundó tal idea el siguiente gobernador, don Pedro de Valdés, quien ordenó a Roda ese primer plano de La Habana, hoy tan conocido, y a la vez...

... dispuso la fundición de una cadena de hierro para cerrar la boca del puerto y reiteró la recomendación de construir sendos fuertes en la Chorrera y Cojimar (27).

Fue esto lo que llevó a cabo Juan Bautista Antonelli, hijo del Bautista anterior, llegado a Cuba en 1638 para fortificar el puerto de Santiago, trasladándose años después a La Habana, donde se temía un ataque por parte de los holandeses. Resultaba apremiante garantizar la seguridad de ésta.

Antonelli opinó que lo más urgente eran los torreones... (28).

(26) *Ibid.*, p. 28.

Señala Roberto Segre que Antonelli logró concertar dos tradiciones antagónicas en un conjunto homogéneo: la integración orgánica con la naturaleza, que es herencia medieval, y la abstracción geométrica del racionalismo renacentista. (Nota de Y. A.).

(27) Weiss, J.: ob. cit., t. I, cap. II, p. 66.

(28) Weiss, J.: ob. cit., t. I, cap. X, p. 143.

Y sin más demora...

... dio comienzo a los mismos guiándose, al parecer, por planos previamente trazados que él modificó en algunos aspectos (29).

Ya se sabe el lugar que correspondió a La Chorrera —Santa Dorotea de Luna, por aquel Don Alvaro del Satélite bajo cuyo mando se construyó el Fuerte— en la famosa toma de La Habana por los ingleses. Una vez más se pospusieron las murallas para otra ocasión, comenzándose éstas unos veinte años después bajo la dirección del ingeniero español Juan de Ciscara. Había llegado éste a Santiago en 1663, donde trabajó cerca de una década; ordenándose después su traslado.

... para llevar adelante las obras del amurallamiento de La Habana... (30).

También se conoce lo mucho que demoraron éstas, y cómo al frente de ellas estuvo Ciscara, hasta casi finalizar el siglo. Terminó de circunvalarse totalmente la Ciudad en 1740.

Las murallas tenían, en promedio, 1,40 metros de espesor y 10 de altura, y eran todas de buena sillería, como lo atestiguan los pequeños tramos que se conservan (31).

No deja de tener interés su descripción, puesto que de ellas apenas nada resta. Por la parte de tierra, que resultaba lo más importante y difícil de guardar...

... formaban un polígono compuesto de nueve baluartes y un semibaluarte (la Tenaza) unidos por cortinas... en los baluartes había garitones para el abrigo de los centinelas. Poseían camino cubierto con sus correspondientes plazas de armas, ancho foso y escarpa... llegaron a tener puertas... (32).

Bastante bien guarnecidas estaban, además.

... su dotación era de 3.400 hombres, aunque podían contener el doble de este número, y su armamento consistía en 180 piezas de distintos calibres (33).

La demolición comenzó en 1863, cuando ya La Habana crecía extramuros.

No resulta fácil, a distancia de siglos, establecer cronologías respecto al anterior crecimiento intramuros de la ciudad, la cual desde el siglo XVII inicia un desarrollo arquitectónico ya interesante. Pero, a

fin de cuentas, más que una sucesión de fechas, lo que importa es el análisis y las conclusiones que pueden establecerse en relación con lo observado en La Habana Vieja. Al caso viene citar unas palabras del profesor Francisco Prat Puig con respecto a nuestra etapa arquitectónica:

Después de estudiar las características comunes de esta serie de monumentos en lo que a planta y distribución se refiere... debemos manifestar que a nuestro entender no todos pertenecen a una misma época, si tomamos como tal un espacio de tiempo muy restringido, pero sí a determinada familia estilística (34).

Parte el mencionado profesor del dato arqueológico para establecer un primer intento de clasificación aproximada, en relación con las construcciones civiles de tipo doméstico. Estimamos, con todo el respeto debido, que ello no debe tomarse de un modo absoluto sino, como el mismo autor de *El Pre Barroco en Cuba* se preocupa en señalar, considerando "las variantes que ofrecen algunos detalles", que pueden despertar la curiosidad del estudioso y hacerlo emprender inexplorados caminos.

Olvidando un tanto, pues, la exactitud en las fechas y recordando, por otra parte, una tradición constructiva que hacía arrastrar de un siglo a otro modos de hacer que podían estar ya en vías de cambio o mucho más desarrollados en construcciones entonces contemporáneas, vemos que, de mediados o fines del siglo XVII a principios o mediados del XVIII, aproximadamente, se pasa de casas pequeñas, de aspecto aún bastante primitivo, como las que pueden verse actualmente en las esquinas de Bernaza y Teniente Rey, o Habana y Paula...

... persistencia de un tipo frecuente a fines del siglo XVI (35).

En las cuales ya comienza el desarrollo de una segunda planta, a viviendas de mayor prestancia, como la existente en O'Reilly # 253, cuya fachada ya enfatiza el cuarto esquinero de la planta alta o la, siempre mencionada, casa de Obispo 117-119. Apelamos a la apreciación de un especialista en la materia:

... creemos que los monumentos estilísticamente más puros en casi todos los restos subsistentes son los que nos ofrecen las casas de la calle Brasil esquina a Aguiar, Obispo 117 y 119... (36).

A manera de punto de partida, esto permite la comparación, en más de un caso. El lego en la materia puede comprobar visualmente y, del mismo modo —aunque con menos eficacia y mayor cautela— comparar por sí mismo lo que lee u oye decir.

(29) Weiss, J.: ob. cit., t. I, cap. III, p. 70.

(30) Weiss, J.: ob. cit., t. I, cap. III, p. 71.

Ya en el siglo XVI se habían cerrado las calles, en momentos de peligro, al finalizar éstas, estableciendo una especie de cerco defensivo. (Nota de Y. A.).

(31) Weiss, J.: ob. cit., t. I, cap. XI, p. 148.

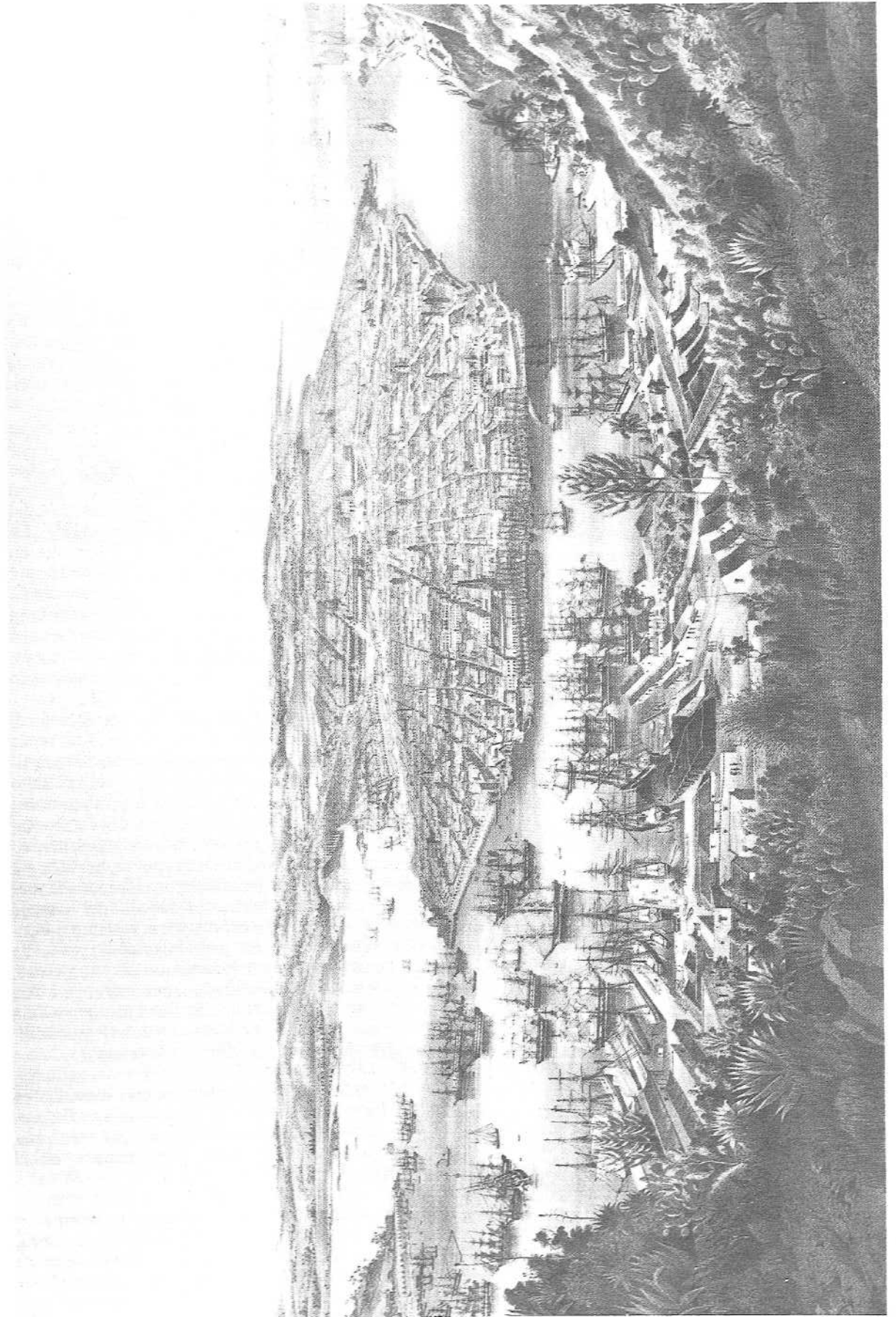
(32) Weiss, J.: ob. cit., t. I, cap. XI, p. 148.

(33) Weiss, J.: ob. cit., t. I, cap. XI, p. 148.

(34) Prat Puig, Francisco: *El prebarroco en Cuba, una escuela criolla de arquitectura morisca*, cap. III, 90.

(35) Prat Puig, F.: ob. cit., cap. X, pp. 202-203.

(36) Prat Puig, F.: ob. cit., cap. III, p. 91.



Eduardo Laplante. *La Habana. Panorama general de la ciudad y su bahía.*

Tipos puros pero ya algo evolucionados respecto a los anteriores nos ofrecen las casas de la calle Obra Pía esquina a San Ignacio... (37).

Grandes derrumbes han ocasionado las lluvias en esta vivienda cuya reconstrucción se proyecta. Otras se añaden:

Acosta 158 y Cuarteles 9 y 11 (38).

Más evolucionada, tal vez, alejándose en mayor proporción de los iniciales puntos de partida se halla Tacón 12, uno de los ejemplos más dignos de estudio de La Habana Vieja. Una serie de trabajos se han comenzado en un empeño por rescatar —ya se ha logrado en algunos casos— antiguas edificaciones como la que hemos mencionado. Restauradas están Obispo 117-119 y 121, la Casa de Calvo de la Puerta —Casa de la Obra Pía, que le dio nombre a la calle— y la del Conde de Jaruco, en la Plaza Vieja. Se trata de viviendas ya muy suntuosas, hacia las cuales ofrece la transición la refinada casa de la Condesa de la Reunión, en la calle de Empedrado, al lado de la Bodeguita del Medio.

Son ya construcciones de gran balcón corrido, como la de Pedroso, en la calle de Cuba, entre Cuarteles y Peña Pobre; al centro en edificaciones a medianía de cuadra o esquineros; con sus tejadillos volados apoyándose en los consecuentes pies derechos de madera. La distribución espacial, en estos casos, incluye el ya necesario entresuelo, para labores oficinescas y otros menesteres.

Resultan en Cuba muy estrechos, en la época colonial, los nexos entre el desarrollo azucarero y el paralelo auge arquitectónico que se produce en la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX. Corren parejos, y no por causalidad sino por el carácter de clase de la arquitectura, el florecimiento económico y el arquitectónico, que es consecuencia lógica del anterior. Es perfectamente posible ir comprobando el hecho en proporción a cómo aumentan los intereses azucareros y se multiplican los ingenios. En la medida en que los cañaverales se enseñorean de los campos es la fábrica de azúcar la que va determinando, cada vez más, las condiciones de vida a una clase social económicamente poderosa. En tanto ésta se enriquece y aristocratiza —no faltarán los títulos nobiliarios—, más hermosamente soberbias van tornándose sus mansiones, muchas de las cuales proyectan sus enormes portales hacia las plazas públicas. Estas viviendas son todas de dos plantas, con el ya característico entresuelo. Las portadas, ahora imponentes en sus proporciones y ornamentación, hacen presumir la solvencia y jerarquía social de los dueños, ostentando a veces escudos nobiliarios, con frecuencia rematados por coronas de conde o de marqués.

En la Plaza de Armas, por esta época el Capitán General ha adquirido una mansión digna de su rango e igual ventaja disfruta el Segundo Cabo. Habitan ambos, en ángulo recto uno del otro, en la esquina de O'Reilly y Oficios (después Tacón, como se le llama a un breve tramo). Rivalizan por los cercanos alre-

dedores, junto con sus correspondientes plazas, la catedral y la inmensa iglesia de San Francisco, junto al convento de la Orden, haciendo gala de la torre que quiso ser la más alta de toda la ciudad. A su vera, el lugar de embarque de los azúcares.

En la mayoría de los edificios de esa época, hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, deja su impronta el Barroco; sin esforzarse mucho, sino indolente y acriollado, en algunas molduras de portadas y en los arcos de los zaguanes. Se engalana de modo particular con su presencia la fachada de la catedral habanera, aprovechándose, tal vez, de la original filiación jesuítica del aledaño Seminario de San Carlos; el cual, por cierto, puede hoy visitarse, rememorando los tiempos de Varela y de Saco.

Aunque lamentemos amargamente su pérdida, por lo que hubieran significado como documento epocal, no deja de hacer sonreír la precipitada sustitución de los altares catedralicios —tal vez de dudoso buen gusto, efectivamente— por la austeridad formal del Neoclásico, ante los vigorosos embates del obispo Espada. Entre los pecados de que se acusaba a Su Ilustrísima se incluía su condición de vizcaíno; lo cual lo responsabiliza con esa acabanada réplica de un Templete neoclásico que en Guernica existía a la vera de un roble, bajo el cual juraba tradicionalmente sus fueros el pueblo, y en La Habana se cobija a la sombra de una ceiba criolla, en espera de mejores tiempos, sin duda. Ubicado frente a la Casa de Gobierno, el conjunto cobraba valor de símbolo en momentos en que por el perímetro de la Plaza de Armas se reiteraba la alusión al poder ejercido por una Metrópoli despótica sobre su Colonia, colocando, además, al centro del recién construido parque la odiada efigie de Fernando VII.

Si se comparan los grabados de Elías Durnford, en 1762, y de Hipólito Garneray, en 1807, sobre la Plaza Vieja, se comprobará no el desarrollo arquitectónico de La Habana únicamente, sino el salto cualitativo que muestra aquél ya a principios del siglo XIX. Igualmente efectiva resulta la confrontación de los distintos grabados que van presentando la Plaza de Armas en diferentes épocas, hasta llegar a mediados del siglo. La imagen de una época se precisa en esa observación cuidadosa del paisaje urbano que llevaron a cabo artistas ingleses o franceses venidos a Cuba para ilustrar la venta de maquinarias y sus correspondientes partes, a veces, despertándose su curiosidad por conocer el país. Así ocurrió, en cierta medida, con Sawkins, quien deja "vistas generales" de La Habana y de su Paseo Militar; algo similar ofrece Hipólito Garneray, quien...

... edita en París, sobre apuntes tomados en La Habana, una serie de aguatintas y litografías que cuentan entre los grabados más notables realizados sobre tema cubano en el pasado siglo (39).

Porque cubano era ya el ambiente y reformistas las ideas de las personalidades claves de la época, mucho antes de mediar el XIX. A la definición de una conciencia nacional contribuía el desarrollo de

(37) Prat Puig, F.: ob. cit., cap. III, p. 91.

(38) Prat Puig, F.: ob. cit., cap. III, p. 91.

(39) Rigol, Jorge, *Apuntes sobre la pintura y el grabado en Cuba*, cap. X, p. 156, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982.



A. Cheneveau.
Vista de
La Habana.

la industria azucarera, acrecentando la diferencia de intereses entre la Colonia y su Metrópoli. A ello se sumó la existencia de esa vivienda-almacén que, en una ciudad portuaria como La Habana, respondía a las necesidades planteadas por el ingenio azucarero que invadía, cañaveralmente, los campos de la Isla.

De ese paisaje rural, presidido por las fábricas de azúcar y sus aromosas mieles, dejó constancia en sus grabados otro francés, Eduardo Laplante, ilustrador del conocido *Libro de los ingenios*, que demuestra la importancia de los mismos. Del gran desarrollo económico derivó el refinamiento de una clase de grandes hacendados que habitaba en la ciudad, cuyo puerto continuaba siendo el más importante de la Isla. La Habana, entonces nueva, enfatizaba su cubanía a través de un modo propio de construir que había devenido en un determinado estilo, perfectamente reconocible. *Arquitectura colonial cubana*, titula el arquitecto Joaquín Weiss su bello libro —porque la cubanidad de la misma trascendía más allá de las facetas barrocas o neoclásicas que, en un momento dado, pudieran caracterizarla. Cubanísima vivienda colonial— habanera o santiaguera o trinitaria. Porque aunque La Habana fuera dada —más que las ciudades del interior— a seguir modas, por efímeras y porque las circunstancias que determinaron la existencia del Barroco y del Neoclásico en Europa no se dieron en Cuba, no cambió su esencia la arquitectura colonial en la Isla; menos aún se sintieron las influencias culturales foráneas. Al servicio de los intereses de una clase social estuvieron éstas, depurando los gustos, refinando los ambientes, demostrando que se estaba a tono con la cultura europea. Pero sin desvirtuar la propia imagen; sin “europeizarse” más de la cuenta. Es cierto que, en materia de literatura y de arte, se mira hacia París y hacia Italia; pero sin perder por

ello de vista a Cuba; sin olvidar su raíz ibérica; al par que se define nacionalista su personalidad insular. Patios centrales, aireados balcones, galerías sombreadas por persianas, sustitución de los torneados barrotes iniciales por los arabescos del hierro, vidriería multicolor. Ese es nuestro verdadero antillano modo de ser.

A la vera del puerto se desarrolla siempre el siglo XIX; el movimiento de aquél es enorme, tanto como para despertar el interés de los grabadores que de ello han dejado constancia, como puede verse en esa “Isla de Cuba Pintoresca” de Federico Miahle. De mano del mismo autor son los grabados del Convento de Belén y de la Plaza del Cristo —donde casi parecen oírse los pregones de los ambulantes vendedores callejeros —así como tantos otros (40). Corresponden éstos a las colecciones “Isla de Cuba” y “Viaje pintoresco por la Isla de Cuba”, similares a la anteriormente mencionada. En ellas se fija, como acertadamente señala Jorge Rigol en sus excelentes *Apuntes sobre la pintura y el grabado en Cuba*, “la imagen física de la Cuba colonial” (41) poco antes de mediar el siglo XIX. Se enfatiza, al par, la de La Habana en esa época a través de la serie de grabados costumbristas que bien podrían ilustrar la *Cecilia Valdés* villaverdiana, dada la coincidencia en tiempo. Véanse “El Quitrín” y aun la vocinglera “Valla de gallos”.

Mucho de lo arquitectónico sirve de fondo a las escenas de Miahle, como puede apreciarse en más de un grabado: en la reproducción de la Alameda de

(40) El apellido aparece escrito indistintamente Miahle o Mialhe.

(41) Rigol, J.: ob. cit., cap. X, p. 156.

Según el autor, son Miahle y Laplante los grabadores de obra más significativa, añadiendo a éstos el español Víctor Patricio de Landaluz, ya en la segunda mitad del siglo XIX. Predominan, en general, los extranjeros sobre los españoles y los criollos, en relación al grabado. (Nota de Y. A.).

Paula, por ejemplo. A veces, algunas de las casas pueden reconocerse y, sobre todo, se posibilita una visión de conjunto, que es lo que se pierde en ese análisis que hoy se hace —porque es preciso hacerlo— de cada construcción por separado, en lo que respecta a las más significativas. Pero ello no basta. No suplen los libros —y algunos son magníficos—, sino que completan el análisis “in situ” y el transitar una y otra vez por las calles de La Habana Vieja. No ya para restaurarla, sino para descubrirla y penetrar su esencia.

Se habían incorporado a la arquitectura, desde finales del siglo XVIII, elementos de manifiesta utilidad, como resultó la persianería, preservadora de los interiores, y las novedosamente coloristas cenefas, que ascendiendo por las escaleras bordeaban los salones y galerías en los pisos altos. Desarrollada plenamente la casa colonial, como ya se ha visto, en la etapa del gran florecimiento económico de la Isla, no extrañe que el fundamental aporte del siglo XIX a la vivienda habanera consista en elementos que completan las estructuras añadiéndoles detalles de extrema funcionalidad al par que muy plásticos.

Muy depurados resultan los ambientes. Nada es necesario decir sobre la belleza de los trabajos del hierro en las rejas; a lo que se suma la innumerable cantidad de portafaroles y guardavecinos existentes por todas partes en La Habana Vieja. Cualidad máxima, en este caso, lo útil y necesario sirvió de base a lo imaginativo, en la férrea gracilidad de los diseños. Toda una serie de bocallaves y llamadores de relucientes bronce, correspondientes a las puertas de entrada de distintas viviendas, pertenecen actualmente a la colección del Museo Colonial, y

allí pueden verse. Aparecieron, a su vez, en los pretilles de algunas azoteas, embelleciéndolos —recuérdese que a éstas se subía, a falta de portales—, las copas de mayólica vidriada, ya escasas hoy.

Por otra parte, mamparas y lucetas (42) —utilización muy adecuada de la madera y el vidrio— desplegaron sus esquemáticos diseños, adaptándose convenientemente a las circunstancias: proporciones espaciales a las que era menester ajustarse, ubicación en las viviendas, costos que podían reducirse. Ha de haber sido esa aceptación de las condiciones materiales de la vida diaria lo que determinó la popularidad de la mampara y del “mediopunto” coloreado, tan típicos del siglo XIX cubano.

Ahora que La Habana Vieja se ha declarado honrosa y mercedamente Patrimonio de la Humanidad, por su significación histórica en el pasado, sirve de enlace entre éste y nuestro presente socialista la esplendorosa vidriería multicolor. De ella puede enorgullecerse la antigua ciudad, que supo rendir su aporte de luminosa cubanía en las lucetas habaneras, donde con frecuencia lucieron los colores nacionales. El rojo, el azul, el blanco nevado, resplandecieron hermosamente a la vista de las autoridades españolas, a manera de advertencia.

Porque en La Habana Vieja, donde ya Varela había dejado las huellas de su paso, en el mismo año de su muerte, nació José Martí.

(42) Que nada tienen que ver, dado su montaje en bellotes —madera ranurada— con el vitral europeo, montado en bandas de plomo. El diseño lo proporciona el embellotado, integrándose con el color; lo cual no ocurre con el vitral, cuyos diseños no dependen del montaje en plomo.

BIBLIOGRAFIA

- AGUIRRE, Sergio: “De nacionalidad a nación en Cuba”, en *Eco de caminos*. I. C. L., La Habana, 1974.
- ARRATE, José Martín Félix de: *Llave del Nuevo Mundo, Antemural de las Indias Occidentales*, Comisión Nacional Cubana de la Unesco, La Habana, 1964.
- FRANCO, José Luciano: *Armonía y contradicciones cubano-mexicanas (1554-1830)*. Casa de las Américas, La Habana, 1975.
- PRAT PUIG, Francisco: *El prebarroco en Cuba, una escuela criolla de arquitectura morisca*, Burgay y Cía, La Habana, 1947.
- SEGRE, Roberto: “Significación de Cuba en la evolución tipológica de las fortificaciones coloniales de América”, *Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*. Año 59, tercera época-vol. X, n.º 2, mayo-agosto, 1968.
- RIGOL, Jorge: *Apuntes sobre la pintura y el grabado en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1982.
- WEISS, Joaquín: *Arquitectura colonial cubana*, I. C. L., La Habana, 1972.
- ZAPATERO, Juan Manuel: *La fortificación abaluartada en América*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1978.